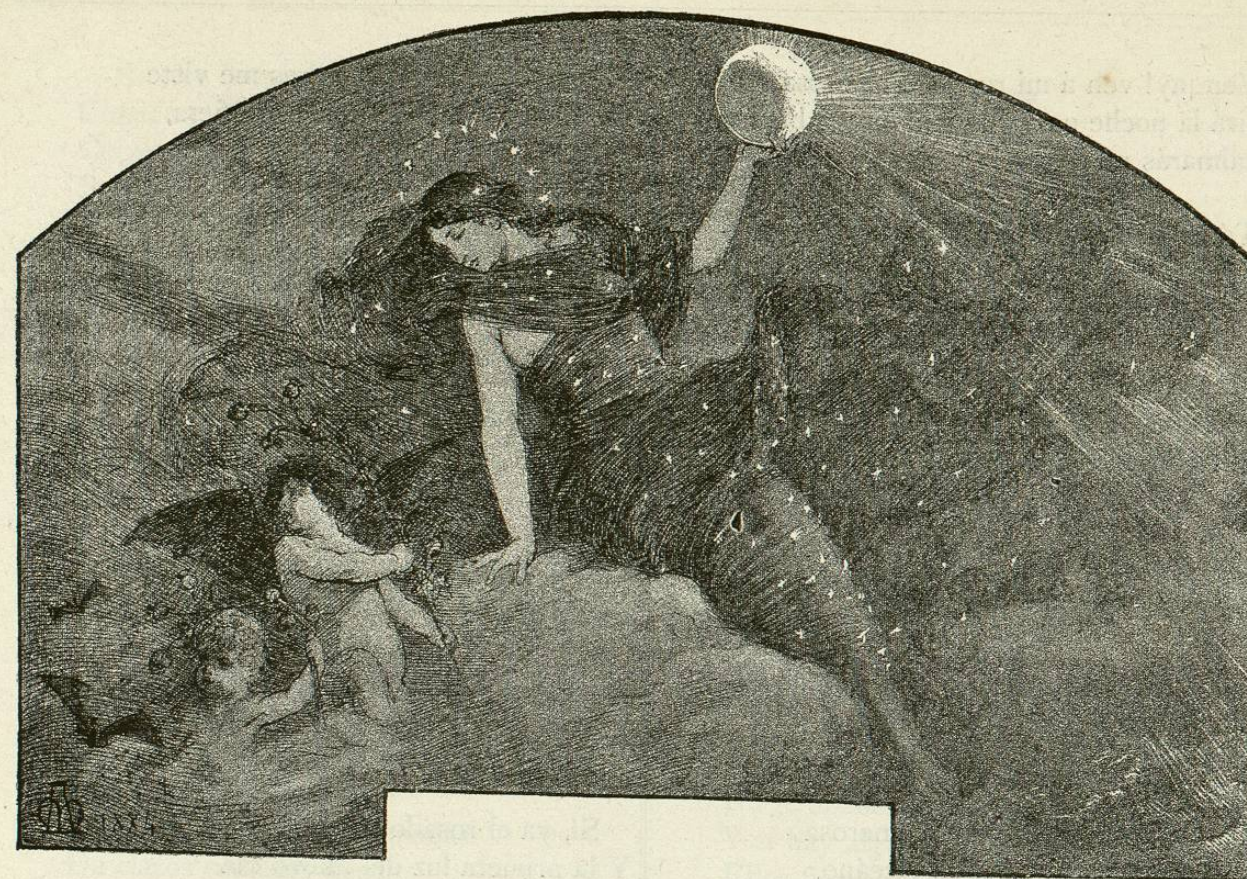
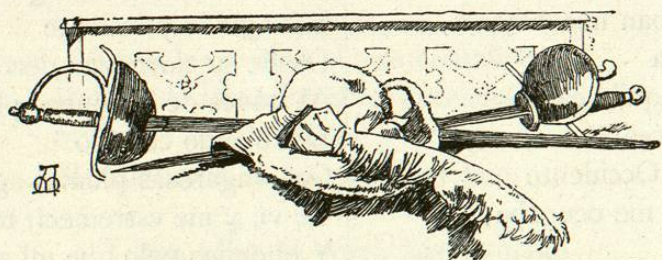


Yo entonces mudo, y pavoroso, y yerto
 No sé lo que sentí... Vuelvo, y turbado,
 De horrible duda y timidez cercado,
 Pero en alas de amor, á tí me allego,
 Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,
 Y mi dicha te pido,
 Abrasado en tu amor y confundido.
 Y ¡oh delicioso instante,
 De ventura y placeres el primero!
 Tu divino semblante
 Ví de rubor purpúreo enrojecido,
 Latir tu seno cándido y turgente,
 Tu labio balbucir, tu altiva frente,
 Emula acaso del mayor lucero,
 Blandamente inclinarse, y un suspiro
 De tu boca de rosa
 Escuché, fuí feliz, y al punto huyeron
 Oculto tedio y pena silenciosa
 Y tristeza y afán. Los que ya fueron
 Objetos mudos á mi triste mente,
 Me hablan al corazón. Fragantes flores,
 Verdes arbustos, árboles sombríos,
 Claros arroyos, cristalina fuente,
 Súaves amorosos ruiseñores,
 Noche pura, serena, sosegada,
 Ronco hervoroso mar, sonoros rios,
 Aurora de azucenas coronada,
 Eterno lumínar padre del día,
 Amenas soledades,
 Opulentas magníficas ciudades,
 Ya herís mi fantasía,
 Y os contemplo y admiro,
 Que por doquier amor y amores miro.
 ¡Oh, cuántas sensaciones deliciosas

Alberga el corazón, correspondido
 Del dulce bien que le eligió natura!
 ¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,
 Que es de un sincero amor dichoso nido!
 ¡Cuán venturoso yo!... Mas ¿qué tremenda
 Imágen espantosa
 Me asalta el pensamiento?... ¡Olimpia mía,
 La vida es tan fugaz, tan presurosa!
 Jamás ansié la eternidad, y lento
 Juzgaba el vuelo de los años mudo.
 Mas ¡ah! desde que aliento
 El aura del placer y la alegría
 Siempre á tu dulce lado,
 Desde que tú me hiciste afortunado,
 ¡Cuán rauda, cuán ligera
 Encuentro de las horas la carrera!
 Sí, miro con pavor que el tiempo crudo,
 Que todo lo sepulta inexorable
 En el no ser oscuro y espantable,
 Airado nos acecha
 Cual fiero cazador con dura flecha
 A las tiernas amantes tortolillas,
 Que en la florida rama
 Se acarician sencillas,
 Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores,
 Que en nuestro rededor brotan ahora,
 Desmayadas, marchitos sus colores,
 Al fin caerán. La planta voladora
 De la edad hollará nuestros amores,
 Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte...
 ¡Ay! llegará el momento de perderte!

1819



ELEGÍA

Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde
 La pura luz que encanta el alma mía,
 De mis ojos tristísimos se esconde?

¿Dó están ¡ay! mi consuelo y mi alegría?
 ¿Dó mi Olimpia cruel, que así me deja
 En hondo afán, en mísera agonía?

Cuando el carro del sol huye y se aleja
 A los desiertos mares espumosos,
 Acude grata á mi amorosa queja;

Y ya en sus altos cercos vagarosos
 Las pálidas estrellas resplandecen,
 Resaltan los luceros relumbrosos;

Y mis ojos con llanto se oscurecen,
 Porque no encuentran á su dueño amado,
 Y en triste sombra ¡ay míseros! perecen.

¿En dónde estás, mi bien? desatentado
 Corro en tu busca con dudosa planta,
 Y torno, y no te encuentro, desdichado.

¿Quién te roba á mi amor con fuerza tanta
 Que á arrancarme no vienes compasiva
 El áspero dogal de la garganta?

¿Tal vez, tal vez la saña vengativa
 De algun duro tirano te detiene,
 Y que consuèles mi afanar te priva?

¿Tal vez me has olvidado, y te entretiene
 Alguno más dichoso?... ¡Oh Dios!... Perdona:
 Siempre el tierno amador recelos tiene.

Noche, noche terrible, tu corona
 De altas estrellas hunde en Océano,
 Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano
 Resplandor de Titan, y su luz pura
 Rompa de mis sospechas el arcano:

Y vuelva yo á gozar de la hermosura
 De mi Olimpia adorada, y su ternura
 Compense mi aflicción y mi amargura.

Vuela, oh noche fatal, y con presteza
 Llévate mi tormento y mis temores,
 Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á tí, sueño apacible, de tus flores
 Una guirnalda tejeré olorosa,
 Si templas mis cuidados roedores.

Ven ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos
De penas y dolores: ven callado
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes tambien apresurado,
Y te alejas de mí con rauda vuelo
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reacia enluta el cielo,
Y retarda cruel su paso mudo,
Como si se gozara en mi desvelo.

Volad, horas terribles... ¡Oh sañudo
Furor del hado!... Noche perezosa,
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa
En medio de las ondas de Océano,
En tempestad horrrisona y fragosa,

Y desprecié la furia del mar cano
Y el ronco són del desatado Noto
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y ví tranquilo al tímido piloto
Pálido alzar al alto firmamento
Temblantes manos y ferviente voto.

Tambien tendiste por el vago viento
Tus negras alas y tu sombra triste
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste
Herido, y combatir la muerte fiera,
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera
Entre confusa plebe amotinada
Del aurífero Tajo en la ribera.

Y la pasé con planta fatigada
Solo, descaminado, perseguido,
Huyendo del poder la fuerza airada:

Mas nunca, ¡oh noche! tan tremenda has sido
Para mi corazon; nunca tan lenta
Para darme tormento has discurrido.

¡Ah! que ya al escuchar cual se lamenta
Mi espíritu abatido se enternecé,
Y recoge sus sombras y se ausenta.

Sí, ya el rosado oriente se esclarece,
Y la primera luz del nuevo dia
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, aurora fria,
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,
Y consueta risueña el ansia mia.

Mas si la airada suerte rigorosa
De su luz para siempre me ha privado,
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,
Déjame en noche eterna sepultado.

1819.



ROMANCE

¿Ves, Olimpia encantadora,
Cuán amorosas las hiedras
Enlazan los recios troncos,
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado
No rompe union tan estrecha;
Antes con vínculos nuevos
Más la afirma y encadena.

En mis inocentes años,
Cuando mis contentos eran
Correr tras las mariposas
Por esta risueña vega,

Deshojar las rosas lindas,
Que esmaltaban sus florestas,
Y hacer casitas y torres
Con este barro y arena;

Ya ví estos troncos vestidos
De las mismas fieles hiedras,
Aunque tal vez más lozanas,
No en union ménos estrecha.

¡Cuántos mayos han pasado
Desde aquel tiempo! Contempla
Cuántos sucesos diversos,
Cuáles trastornos y guerras.

Fuentes que ví engalanadas
De claros raudales llenas,
Míralas rotas y hundidas,
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios
Que honraban estas riberas,
Yacen en tristes rüinas,
Que de espanto el pecho llenan;

¡Y qué de altivos colosos
Que tocaban las estrellas,

Fugaces desaparecieron
Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años
Cuál ha mudado esta tierra!
Jóven soy, más yo la he visto,
De lo que hoy es bien diversa.

¿Y sólo el amor subsiste
Que enlazó estas alamedas
Con los venturosos nudos
Que tan firmes se conservan?...

Lo que eterno parecia,
Deshízose con presteza,
Y sólo duran los troncos
Abrazados de las hiedras.

Y si alguno se ha secado,
No le abandonaron ellas;
Y si hay alguna marchita,
Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte:
No tememos tu crudeza,
Que miéntras el uno exista,
Los lazos seguros quedan.

¡Ay! ejemplo de los nuestros;
Oh mi Olimpia, siempre sean:
Y así unidas nuestras almas
Vivan edades eternas.

Aranjuez, 1819

SONETO

Olimpia bella cual la fresca Aurora,
Gentil más que la cándida azucena
Que de fragancia y granos de oro llena,
En el verjel descuella triunfadora:

Ten compasion de quien rendido adora
Tu imágen celestial, y la cadena
Que en mi cuello infeliz áspera suena,
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

Sí, Olimpia, sí: tu plácida hermosura
No puede en sí abrigar alma de acero,
Muévate mi pasion sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,
Verás, cruel, como á tus plantas muero.

1819

ROMANCE

¿Qué importa, adorada Olimpia,
Que la suerte nos arranque
De las riberas de Tajo,
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,
En tanto que no se aparten
Nuestros tiernos corazones,
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas
Que en estas orillas nacen,
Dando contento á los ojos,
Dando fragancia á los aires,

No las frescas alamedas
Que se elevan arrogantes,
Pobladas sus verdes cimas
De canoras dulces aves,

No de Tajo delicioso
Los apacibles raudales,
No los pintados verjeles
Que adornan su rica márgen,

Causan el dulce contento,
Forman el gozo envidiable,
Que se anida en nuestras almas
Sencillas, tiernas y amantes.

Doquiera, adorada Olimpia,
Que el destino nos arrastre,
Allí seremos dichosos,
Mientras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre
De tus ojos divinales,
Goce ver tu hermoso seno
Siempre por mí palpitante;

Oiga tus ardientes labios
Decirme amores suaves,
Suspirar celosas quejas,
Constancia eterna jurarme;

Y mas que el hado enemigo
Furioso nos arrebate
A las arenas de Libia,
O á las nieves de los Andes.

1819

A OLIMPIA

Dulce señora mia,
Más lozana y gentil, y más hermosa,
Que al despuntar el día
Se muestra por abril purpúrea rosa:
¡Cuán venturoso vivo
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio
Más que la libertad! De él no saliera
Si el soberano imperio
Del anchuroso mundo me valiera,
Que es triunfo glorioso
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,
A quien se humilla el apartado Oriente,
Y perlas el mar cano
Tributa, y Tibar oro refulgente,
Su alta soberanía
Gozoso por mi suerte trocaría.

Porque ¿quién ¡oh señora!
Puede anhelar más gloria, que humillado
Mirar la encantadora
Beldad vuestra, rindiendo encadenado
El alma y albedrío
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde
La majestad y gracia del semblante,
Y el fuego irresistible
De los modestos ojos, y el crispante
Y nítido cabello
Que orna la frente y el gallardo cuello?

Y ese pecho divino
Que vence en candidez al alba pura,
Y el talle peregrino,
Y el soberano todo y compostura,
Y la mano de nieve,
Y el brazo de alabastro, y el pié breve?

Y ¿qué dicha más alta
Que escuchar embebido vuestro acento,
Do esplendente resalta
El noble y generoso entendimiento,
Que os dió naturaleza,
La discrecion uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,
Todos á vuestro yugo, ¡oh mi señora!
Ufano presentara;
Pues desde á vuestra planta encantadora
Me rendí por cautivo,
Feliz, glorioso, y envidiado vivo.

1819

CANTILENA

Mil veces venturoso
Y mil, amada Olimpia,
Quien goza tus encantos,
Y para tí respira.
Suspirar á tu lado,
Mirar tu faz divina,
Ver palpitar tu seno
Que es de Dione envidia,
Sentir el dulce rayo

Con que tus ojos brillan,
Enardecer tu pecho,
Llenar tu fantasía,
Escuchar de tu boca
Palabras expresivas,
Merecer tus cuidados,
Disfrutar tus caricias,
Fuera ¡ay! el bien supremo
Y el colmo de mi dicha.

1819.

SONETO

Jamás marchite tu beldad lozana
El tiempo volador, Olimpia mia:
Tus ojos siempre al luminar del día
Ofusquen, y tu frente á la mañana.
Brille eterna en tu faz la nieve y grana,
Y placeres revuelen á porfía,
Trisquen las gracias, y el amor sonría
En torno á tu belleza soberana.
Y el claro sol en el risueño oriente,
Mil y mil veces de esplendor vestido,
Tu fiesta anuncie grato refulgente:
Mas venga ¡ay! á mirar correspondido
Por tí, mi tierno amor puro y ardiente,
De los tiempos triunfando y del olvido.

1819.

